



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

# Agora DE PAPEL

# El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 23 DE FEBRERO DE 2025

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

## La bocanada de humo

LA DESCABELLADA RAZÓN

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

El Rey era robusto, un Enrique VIII, sarcástico, de gusto soberbio en la selección de mujeres y acostumbrado a no ofrecer explicaciones a sus súbditos. Desesperaba cuando le daban consejos y únicamente hacía caso a su Paje de actos mágicos: un enano que le contaba chistes y que de vez en cuando, metía las manos en la sopa. Acaudalado en oro por los pagos que recibía al deleitar al Rey llenándolo de carcajadas, llevaba una vida agraciada. No era un hombre humilde, ni extremadamente rico, pero sí autosuficiente y con casa propia, fuera del Palacio.

Al enano, cada vez le costaba más trabajo hacer reír a su empleador. “¿Qué le pasa, su Majestad?” El Rey se hundió en su silla y después, en sus propios pensamientos. Luego de unos minutos, le dijo al enano: “Han llegado hasta mis oídos ciertos rumores y no son nada buenos”.

“Dígame, mi Señor, ¿qué ha escuchado?”, preguntó el Paje mágico. “Acompáñame”, respondió su Alteza. Caminaron uno junto al otro, dirigiéndose a los jardines, donde nadie podría escucharlos. Caminaron por senderos empedrados, oliendo el aroma fresco de las flores, admirando la manera en que las buganvillas trepaban desde la planta del patio, hasta el techo del castillo e incluso por las demás fortalezas en los alrededores.

“Me han dicho que hay un hombre revoltoso en la comarca del este, pequeño Paje”, dijo su Majestad. “Mi servicio secreto lo ha visto teniendo reuniones con un pastorcillo con el que juega ajedrez, ese juego originario de la atrasada y lejana India”. “¿Y cuál es el problema con ello, su Señoría?”. “Pues bien, he de confesarle, enano mío, que he soñado que, en realidad, esos dos representan a multitudes y que quieren derrocarme para meterme a un calabozo, donde toda mi diversión sería únicamente tenerme a mi lado por el resto de mis días, escuchando tus chistes”.

El enano tragó saliva, imaginándose condenado a vivir el resto de sus días junto a su Majestad. ¿Pero acaso no estaba destinado a ello, desde su nacimiento; no era eso lo que ya hacía casi por completo? “Y hay más, pequeño Paje, mis espías me han revelado la partida que jugaron la última vez que se vieron. Lee con cuidado:”, dijo el Rey, entregándole al enano un papel con los siguientes movimientos: “1. e4 Nf6 2. e5 Ne4 3. Qe2 d5 4. exd6 Nxd6 5. Nc3 Ne6 6. Nf3 Nf5 7. d3 Nfd4 8. Nxd4 Nxd4 9. e3 Nxc2+ 10. (Resigns)”.

El payaso de palacio se quedó mirando la anotación. Suspiró profundo y dijo: “He de confesarle, su Majestad, que yo también conozco este juego de torres y damas, llamado ajedrez. Y me parece que esto no es más que una partida entre dos borrachos”. “El revoltoso llevaba blancas”, dijo su Majestad. “Pues era el más borracho de los dos”, dijo el Paje.

“Entonces, tú lo confirmas, fiel Paje”. “Así es, su Alteza, y lo repito: confirmado está. Y para ello, no queda más que



emborracharse como ese par, jugando al ajedrez”. El Rey le pidió al enano que regresaran al interior del Palacio y le mostrara las reglas básicas del juego.

En el camino, el Paje fue contando al Rey las historias que rodeaban a la invención del juego. De cómo se creía que había sido creado en la India, en el siglo VI, d.C., con el nombre de Chaturanga, con reglas ligeramente distintas a las prevalecientes, (para la dama y el alfil), y que posteriormente evolucionó en Persia con el nombre de Shatranj, donde el alfil adquirió su movimiento libre en diagonal. Y cómo en el siglo IX fue incorporado en Europa, modificándose el movimiento de la dama para que adquiriera su gran poderío como lo tenía hasta ese momento. También se había introducido el enroque y la posibilidad para los peones de moverse dos casillas al inicio; además de la nueva regla de promoción del peón, que podía convertirse en cualquier otra pieza, no solo en dama.

El Rey mandó traer tanto el tablero como las piezas de ajedrez más hermosas del reino. Se trataba de una tabla tapizada con láminas preciosas, y piezas en oro blanco y amarillo. El Paje comenzó a explicarle el juego.

Media hora después, su Alteza pidió descanso. Era demasiada la información que había que absorber. Continuaron las enseñanzas durante dos semanas, pero cada día, el Rey olvidaba lo que había aprendido el anterior. Hasta que una mañana, el Paje llegó con un nuevo juego: “Este se llama Gato, o Tic-Tac-Toe, y fue hecho para usted, mi Señor”.

Así y así: “Quien no puede, allá él. No es de valientes callar y no actuar. Tampoco se trata de arriesgarlo todo, sin estrategia ajedrecística. Atentos: talentosos. (Parábola de los Talentos)”.

LA MENTIRA  
OLGA DE LEÓN G.

Ese año, harían un viaje largo. Irían por carretera, pues tenían tiempo y así podrían detenerse donde les placiera, por si quisieran conocer algunas de las ciudades que atravesarían. El verano pasado no habían salido de vacaciones, de suerte que habían ahorrado algún dinero extra.

Harían tres días de ida y dos o tres de regreso, según se detuvieran o no ya de vuelta a casa. Además, podían disponer de una semana para quedarse con los padres de Lucía algunos días, y viajar a una playa cercana, solos o con sus padres y algunos más de la familia, que quisieran acompañarlos.

La nueva camioneta para seis personas, que recién habían comprado dos años atrás, sería ideal para sus planes. Además, uno de los hermanos de Roberto, quien vivía todavía en Oaxaca, tenía otra camioneta también de tipo Camper, aunque más grande. Entre ambos vehículos bien podían caber dos o tres familias. Por lo menos, diez personas podían viajar cómodamente.

A Lucía le encantaba planear e imaginar con anticipación las situaciones, a un futuro no muy lejano. Así que en su mente, estas próximas vacaciones estaban resueltas: viajarían y estarían con la familia. Ella amaba a sus padres y a sus tres hermanos y la única hermana que llevarían con ellos, pues Clara vivía en la misma ciudad que ellos y les había sugerido que la invitaran cuando viajaran hacia el Sur, para visitar a sus padres también.

La fecha del viaje se acercaba, así que Roberto le recordó a su mujer que hablara con todos para saber si estaban en disposición de recibirlos dentro de una

semana, y confirmar quiénes irían con ellos a la playa, durante tres días.

A Lucía, nada le agradaba más que viajar por carretera. Solía pensar que quizás había nacido en el coche de sus padres, o ellos la pasearon desde muy pequeña. Le gustaba ir despierta si viajaban de noche y platicar con quien fuera conduciendo; sentía cierta responsabilidad por mantener en alerta al que conduciera el auto.

Por fin, era el último viernes de trabajo, antes de las vacaciones. El domingo iniciarían la travesía hacia el centro del país, y al día siguiente partirían hacia la casa de los padres de Lucía, en Oaxaca. El trabajo de Roberto los había llevado a vivir al Norte del país, y ella pronto encontró también trabajo allí. No les gustaba el clima de la ciudad, pero ganaban bien y el trabajo de cada uno era lo que a ellos les gustaba hacer.

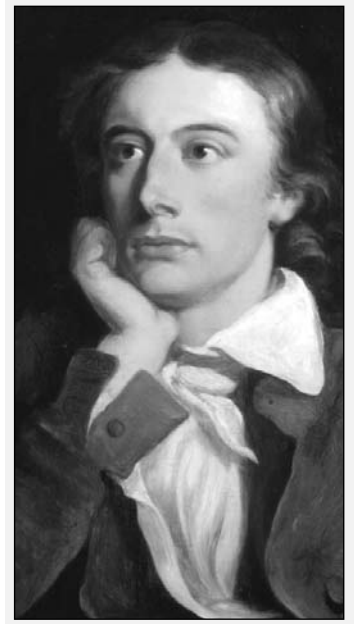
A última hora, la hermana decidió no acompañarlos; de lo que se alegraron, pues era una mujer difícil de carácter y peor de complacer. Les había llamado la tarde del sábado, para decirles que no iría. No le reprocharon, ni preguntaron nada.

Roberto y Lucía acababan de cumplir cinco años de casados y aún no tenían hijos. Querían esperar un poco más, quizá uno o dos años. Contaban con veintisiete años y pasaban por un buen momento laboral, con expectativas de ascensos y mejor paga. Así que la llegada de los hijos podía esperar.

Para entonces, los padres de Roberto, quienes también vivían en Oaxaca, esperaban ansiosos su llegada, pues querían ver si al menos uno o dos días querían quedarse con ellos. Nada sabían de sus planes de viajar a playa. Pero, seguro les encantaría ir con ellos. Y, como si ambos estuviesen conectados con los pensamientos, mientras manejaban ya avanzada la mitad del trayecto, Roberto preguntó: ¿y, si invitamos también a mis papás a la playa? Ya no tienen compromisos con ningún hijo y, además, se llevan muy bien con tus padres. Lucía aprobó la idea: “les hablaré ya, para que se preparen y salgamos rumbo al mar en tres días”.

Parecía que todo estaba bajo control. Solo un asunto no encajaba. Roberto y Lucía ya no vivían en el Norte, ni tenían una camioneta, ni saldrían de vacaciones ese año y, tampoco ningún otro: habían muerto en un accidente automovilístico cuando iban de la Ciudad de México a Oaxaca, a ver a los padres de ambos.

A veces, la vida nos engaña y nos ofrece una reivindicación por lo que nos quitó brutal y repentinamente. Habían transcurrido más de diez años del accidente, y los pensamientos de ellos se cruzaron en el camino, a la misma hora y en el mismo kilómetro donde un camión de carga que invadió el carril por donde circulaban, los colisionó. Otro automovilista que presenció aquel infame accidente, cada vez que transitaba por allí, se persignaba y pensaba en los jóvenes muertos. Sin pretenderlo, él los traía a la vida de nuevo... Y, ellos volvían a planear con entusiasmo, sus últimas vacaciones: una mentira.



John Keats

(Londres, 1795 - Roma, 1821) Poeta británico. La muerte de su padre y su humilde procedencia le llevaron a trabajar como practicante en casa de un cirujano, para ingresar más tarde como estudiante externo en el Guy's Hospital de Londres (1815). Su afición a la lectura le descubrió el mundo de la poesía, en la que se inició bajo la influencia de Edmund Spenser. En casa de su amigo Leigh Hunt, crítico y poeta, conoció a Percy Shelley, con quien trabó amistad.

Publicó su primer volumen de poemas en 1817 y, a pesar de su escaso éxito, decidió abandonar la cirugía para dedicarse sólo a la literatura. Al año siguiente apareció Endimión (1818), que fue mal recibida por la crítica. A su regreso a Londres, tras una temporada en la zona de los lagos y el oeste de Escocia, asistió a la muerte de su hermano, aquejado de tuberculosis, lo que le afectó profundamente.

El propio Keats sufría la misma enfermedad; tras mudarse a casa de su amigo Charles Armitage Brown, en Hampstead, se enamoró de la hija de un vecino, Fanny Brawne, quien le inspiró la mayoría de sus poemas, recogidos en el volumen Lamia, Isabella, La vispera de Santa Inés y otros poemas (1820), que incluía sus mejores poemas: el inacabado Hiperión, sobre la mitología griega, y sobre todo su célebre serie de odas (Oda a un ruiseñor, Oda a una urna griega).

Su estado de salud se deterioró, por lo cual decidió embarcar con su amigo Severn hacia Nápoles, en lo que parecía la última posibilidad del poeta para sanar, aunque murió unos meses más tarde. Pese a tratarse del vate más joven de los grandes románticos británicos, es uno de los líricos más importantes en lengua inglesa. En 1848 aparecieron sus cartas y su diario, que completan una obra de excepcional pureza expresiva y admirable dominio poético en su aspiración por alcanzar la belleza absoluta.

Mónica Lavín

## Los talleres literarios

Seguramente escuché la palabra taller porque mi padre dijo que llevaría el coche al taller. El taller mecánico. Y también porque, en el negocio de mis padres, el corazón de lo que se producía era un taller. Se subía a la planta alta de la tienda de la Zona Rosa y ahí se fabricaban artículos de piel. Había mesas de madera, cueros enteros recostados sobre cabestrillos, máquinas de coser, de calor, botes de pegamento. Cajas con botones, cierres, hebillas, hilos, cartones, moldes de papel. Mi tío Juan era el encargado. Subía y bajaba de la tienda al taller porque había que grabar las iniciales de algún cliente en una cartera o porque la hebilla del cinturón se tenía que cambiar por otra.

En el taller pasaban cosas con las manos. Había especialidades: Pancho el cortador, Elena y otras chicas en la costura, el que pegaba las partes, Marcial el grabador, Jesús el ensamblador. Lamento no recordar los nombres de todos porque para mí un taller es una agrupación pequeña de gente que trabaja con las manos en un oficio que requiere destreza, experiencia y dedicación. Siempre hay aprendices en los talleres, que luego tomarán el mando y a su vez en algún momento adiestrarán a otros. Es algo sencillo aparentemente pero que requiere tiempo y acompañamiento. Una fábrica sería todo lo contrario, las manos y la destreza al servicio de la máquina (eso podría resultar la Inteligencia Artificial: una fábrica de textos). Se requieren destrezas pero cuando la tecnología cambie habrá que adecuarse a ella. Mis tíos abuelos tenían un taller de lámparas en Madrid. Ahí conocí al tío José y a su hijo Nicolás, primo de mi madre. Familias que la Guerra Civil española dividió y que sólo los viajes transoceánicos permitían hilvanar de nuevo. Reconocer las caras, los gestos, las

anécdotas que llevaron los abuelos.

Cuando quise saber qué podía hacer con mis intentos de cuento mientras estudiaba biología, me familiaricé con otro tipo de taller. Llevé algunos cuentos a Mempo Giardinelli, escritor argentino acaudado en México durante varios años, autor de novelas y cuentos que fundara la revista Puro cuento a su regreso a Buenos Aires. (Una revista hermana de El cuento de Edmundo Valadés). Cuando me admitió en aquella primera reunión de grupo me compartió el funcionamiento de un taller. Habrá variantes, pero básicamente siguen siendo las mismas. Leemos por turnos y tenemos una copia del que leerá en ese momento. La lectura es en voz alta y los demás podemos escribir, tachar, anotar impresiones sobre el texto con el flujo de la voz. Después comentamos voluntariamente externando nuestra apreciación lectora y luego el maestro, el escritor al frente del taller, da una conclusión que recoge algunas de las cosas dichas y añade. Así nos provee de herramientas para mirar no sólo el texto ajeno sino el texto propio. El dueño del texto habla hasta el final. Y solo si es necesario. Con esos muchos ojos sumados y con nuestra propia reflexión en el sosiego y el silencio revisamos el escrito para entender qué funciona y qué no. Pero esto no sucede de la noche a la mañana, el poder ver la paja en el ojo ajeno para ver la nuestra es un entrenamiento. Es un proceso, como la escritura, que no sucede de golpe, se da en el tiempo. Los talleres son una práctica habitual que encabezan escritores con camino andado en las que participan quienes desean serlo. Para los narradores han sido famosos los de Arreola, Tito Monterroso, José Donoso y luego los de Rafael Ramírez Heredia, Vicente Leñero, Guillermo Samperio y siguen siendo los de Silvia



Molina, Aline Pettersson, Alberto Chimal, Ethel Krauze, Elmer Mendoza, Ana García Bergua, Eduardo Antonio Parra, Beatriz Rivas, entre muchos.

Pero no siempre fue así la formación de los escritores, resulta que el origen tiene que ver con los años 60, esa década experimental: el collage, el pastiche, el crucigrama, cuando Cortázar escribió Rayuela, parte de la experiencia de participar en el Oulipo. El escritor francés Raymond Queneau fundó esa tertulia de literatura potencial (Ouvrier de Littérature Potentielle) de ahí el acrónimo Oulipo. Su libro Ejercicios de estilo reúne una serie de propuestas juguetonas, porque ese era su espíritu: jugar con la palabra, proponer retos colectivos, rescatar los cadáveres exquisitos de los poetas malditos. Fue el trampolín de despegue y Argentina la incubadora de talleres, como el de los estudiantes de Noé Jitrik en la Universidad de Buenos Aires, de

los que hemos abrevado y que a nuestra vez coordinamos pasados los años. El taller de escritura es una escalera de experiencias porque no hay una verdad y porque tampoco nadie se equivoca. Funciona o no, nos envuelve y nos atrapa, profundiza y propone y logra algo. Te lleva a lecturas. El taller es una experiencia individual y colectiva. Es búsqueda.

Y su dinámica persiste: cada quien expone y se expone y por eso se crean lazos afectivos, andares paralelos fraternos y solidarios (en su mayoría). Me gusta la experiencia del taller porque me asombran las muchas miradas, estilos, tanteos y logros paulatinos de quienes participan. Nos movemos como una marea de asombros donde nos vamos dando la mano para ver si la ola logra alzarse y exhibir la transparencia líquida que estallará con un estruendo en la playa que es la página, que es el lector, que somos todos.

ad pédem literae

Debe desear todo hombre vivir para saber, y saber para bien vivir

Mateo Alemán

Letras de  
buen humor

La sangre se hereda, el vicio se apega.

Mateo Alemán